

# MADRID ES NUESTRO

**F**UE como un relámpago: a las ocho y veinte de la tarde del martes 22, decenas de pancartas surgieron en la madrileña calle Preciados. Minutos antes estaban enrolladas en manos de los distintos grupos que iban llegando al punto de cita de la manifestación, entre la vigilancia de los policías armados que pedían carnets de identidad y aseguraban que aquello "era sólo para las amas de casa"... Por eso, cuando tal vigilancia dejó de ejercerse, fue cuestión de segundos el despliegue de pancartas, con claras reivindicaciones escritas sobre ellas: Principalmente contra la carestía de la vida, en favor del reconocimiento de las asociaciones de vecinos, en protesta por los topes salariales... que coincidían con los tres objetivos del acto. Era el derecho de expresión ejercido por miles de madrileños a los que —entre todo tipo de condicionamientos puestos por la Administración— se les permitía decir lo que tantas veces se les ha negado y se les está negando.

La respuesta fue espléndida, superior a los augurios más optimistas. Alrededor de cincuenta mil personas se concentraron en la calle Preciados y sus adyacentes hasta no dejar ni un metro por ocupar ni un mínimo espacio sin llenar. Procedentes de la plaza de Callao y de la Puerta del Sol, los grupos se encontraron a mitad de la vía peatonal autorizada para la concentración. Hacía un calor sofocante, aumentado por la "temperatura humana". Pero era otra "temperatura" la que se elevaba como un clamor desde el pleno centro de Madrid. Una "temperatura política" ejemplar, una madurez cívica impresionante, un deseo realizado de salir a la calle para gritar bien fuerte todo aquello que se anhela. Y se gritaran a coro, a los cuatro vientos, las exigencias de un pueblo que quiere ser considerado como adulto.

La concentración de Preciados respondía a la llamada de las asociaciones de vecinos, que buscaban en este acto la culminación de la Semana Ciudadana desarrollada en días anteriores bajo el lema "Madrid es nuestro". Una Semana dentro de la que numerosos actos se vieron prohibidos, pero que dio idea del arraigo de las asociaciones en sus distintos barrios, del poder de convocatoria que han alcanzado en estos últimos años. Y lo que había sido expresión parcial de ello en cada comunidad vecinal, se convirtió el día 22 en la suma de una conciencia ciudadana que explotaba colectivamente, que "quiere sus derechos y los quiere ahora", según una de las frases utilizadas en la convocatoria.

A ella acudieron desde los habitantes de los propios barrios (compuestos mayoritariamente por trabajadores, ya que es en las zonas periféricas donde —lógicamente— el movimiento ciudadano alcanza una más amplia combatividad) hasta amas de casa de la pequeña y media burguesía, junto a universitarios, profesionales liberales y militantes de partidos políticos. Ello proporcionaba una imagen de Madrid totalmente opuesta al estereotipo que suele

funcionar en muchas zonas de nuestro país, donde se identifica a Madrid con Administración, con centralismo, con asfixia de libertades... Ese es, en efecto, el Madrid de la política oficial y de las clases dirigentes de su población, pero el verdadero Madrid es el de la calle Preciados, o el de las huelgas de enero y febrero, o el del recital de Raimon, o el de las manifestaciones pro-amnistía... Un Madrid que lucha, que no acepta

estas, por una espléndida información dentro de este terreno— "la caótica situación de la enseñanza, la mala situación de transportes y comunicaciones, la carestía de la vida, el mal estado de la sanidad, el desinterés manifiesto por las autoridades hacia la situación de la mujer, la falta de atención para con la juventud, ancianos y subnormales, la incapacidad permanente de los Ayuntamientos para resolver gran parte de

## Fernando Lara

las arbitrariedades, que sabe vivir un momento tan difícil como el actual. Ese Madrid que la otra tarde sudaba con la satisfacción de ver que eran muchos miles los que allí estaban juntos, unidos, codo con codo. No era una henriqueriana "pesadilla de aire acondicionado" lo que estaba protagonizando, sino el calor de la comunidad, de la fraternidad, como digno heredero de una población que supo defenderse hasta el límite en los días de la guerra civil.

Cuando al inmenso gentío de los que ya estaban en Preciados se unie-

estos problemas, la no legalización de las asociaciones ciudadanas y la suspensión de actos", para terminar exigiendo "plenos derechos de reunión, expresión y manifestación como garantía imprescindible en el ejercicio de nuestras actividades".

Denuncias y exigencias que sintetizan la situación de los barrios madrileños, pero que remiten inevitablemente a los problemas generales con que se encuentra enfrentado nuestro país, a los que —por tanto— se identifican en tantos casos. Otros documentos y ad-



ron los provenientes de otra manifestación celebrada hora y media antes (la de la enseñanza, cuyo desarrollo figura reseñado junto a esta información), la concentración alcanzaba su sentido final: escuelas populares, democratización de la enseñanza, trabajo para los maestros y plazas para los niños, exigían las pancartas de los que llegaban, complementando así todo un espectro reivindicativo que resumía en grandes letras y sobre tela las necesidades de toda una población. Desde un balcón de la calle Preciados se leyeron entonces una serie de documentos que ampliaban lo que la calle exhibía y gritaba. En primer lugar, el comunicado hecho público el 16 de mayo en Aranjuez, antes de la violentísima dispersión que tuvieron que sufrir los asistentes a aquella asamblea popular. Desde una perspectiva de las asociaciones ciudadanas, se denuncia en él —según extracto de "El País", diario que se está distinguiendo, entre otras muchas co-

hesiones fueron leídas en la concentración de Preciados, continuamente entrecortados por las voces unitarias de quienes estaban en la calle, imposibilitados por la propia configuración de ésta —alargada, estrecha, con muy diversos centros de resonancia— de poder escuchar fielmente lo que se leía con precipitación dada la escasa media hora durante la cual el acto se consideraba permitido. Pero las octavillas que convocaban a la manifestación, repartidas entre los asistentes, ampliaban un poco más aquellas exigencias que el pueblo de Madrid considera como suyas:

— Madrid, como ciudad que destierre la burocracia centralista y la corrupción, en una sociedad donde el pueblo sea soberano.

— Alcalde elegido democráticamente y que responda de su gestión ante los vecinos.

— Equipos técnicos al servicio de una planificación descentralizada y supervisada por los madrileños.

— Legalización de más de 50 asociaciones "en trámite" y de la Federación de Asociaciones. Derecho de asociación, reunión, etc.

— Derecho de expresión para las entidades ciudadanas, dentro de un marco de libertad de expresión general en el país.

— Amnistía para todos aquellos ciudadanos y convecinos que se han manifestado por una sociedad más justa y democrática.

— Derecho de sindicación de los funcionarios, en el contexto de libertad sindical para todos los trabajadores.

— Control eficaz de las inmobiliarias, control en la recepción de obra, revisión de los planes parciales y generales urbanos, etc., por parte de los vecinos afectados.

— Elección democrática de las Juntas Municipales de Distrito y descentralización de la gestión municipal de los barrios.

— Nueva distribución de distritos correspondiéndose con la actual realidad de los barrios, de forma que se facilite el control inmediato de los representantes por los representados.

Cuando a las nueve menos diez de la tarde —diez minutos antes de que finalizara el tiempo establecido—, la Policía ordenó a los organizadores que disolvieran la concentración (lo que se hizo con perfecto orden, aunque algunos grupos quisieron continuarla en manifestación, lo que fue reprimido con enorme dureza por la Policía, que efectuó treinta detenciones, con posteriores multas y procesamientos), este "decálogo" ciudadano había quedado perfectamente asumido y representado





por las cincuenta mil personas que no dudaron en ir a exteriorizar su pensamiento y su sentimiento respecto a ese Madrid democrático, a esa España democrática en la que aspiran a vivir en un futuro inmediato y que el presente aún se obstina en entorpecer. "Consideramos que el balance del acto celebrado supera, en mucho, cualquier tipo de previsiones, ya que no podemos de-

jar de reiterar las múltiples dificultades que los organizadores han tenido que superar", diría un portavoz de la Coordinadora de Entidades Ciudadanas en la rueda de prensa que siguió a la manifestación de Preciados, añadiendo también que "ha quedado evidente el carácter democrático, ajustado plenamente a los objetivos que perseguía el acto, de toda la concentración"...

Era el signo de la satisfacción que llenaba a cuantos habían participado en la cálida tarde del 22 de junio madrileño. Una satisfacción que alcanza lo admirativo cuando uno piensa en la realidad de las asociaciones de vecinos (cuyos trámites de legalización se prolongan desde hace hasta cuatro años en ocasiones, por empleo claramente abusivo del "silencio administrativo"

que impide a cincuenta y cuatro de ellas un funcionamiento normal) que han sabido erigirse pese a todo en directos portavoces de unos barrios que las apoyan, las consideran legítimas representantes de sus intereses y se integran cada vez más en ellas. Gracias a su labor, efectivamente, día a día Madrid va siendo del pueblo que lo habita.

■ Fotos: ANTONIO CATALAN.

## LA MARCHA DE LOS ENSEÑANTES

"¡Escuelas gratuitas para los obreros!". El grito, espontáneamente dirigido por los manifestantes al grupo de albañiles que desde el andamio aplaudían a su paso, hubiera podido, en otras circunstancias, parecer demagógico. Allí, sin embargo, los aplausos cruzados entre los trabajadores de la enseñanza y sus compañeros de la construcción resultaban de una coherencia y una oportunidad totales. Y es que ésa y no otra había sido la razón de la convocatoria: manifestar el derecho ineludible de toda la comunidad —y en especial de los sectores hasta ahora marginados— a una enseñanza gratuita, popular y democrática.

Durante la hora que duró la marcha, desarrollada a lo largo de una de las aceras de la calle de García Morato, entre pancartas y gritos repetidos de

"Enseñanza popular", "Guarderías infantiles", "No a los despidos" y el más pegadizo de "El pueblo grita: escuela gratuita", los numerosos encargados del servicio de orden cuidaban celosamente de que los manifestantes —doce mil según cálculos aproximados— no invadiesen en ningún momento la calzada en contra de lo convenido.

No obstante, cuando ya se habla cubierto en perfecto orden buena parte del trayecto, la Policía intervendría inesperadamente para prohibir que se siguieran cantando "slogans". Los responsables de la manifestación, encabezados por Eloy Terrón y Gómez Llorente, decano y vicedecano del Colegio de Doctores y Licenciados, así como por profesores y directivos de varias asociaciones ciudadanas, optaron por acatar la orden policial de última hora.

A partir de ese momento, los manifestantes se limitarían a exhibir sus pancartas y a formar con sus dedos la "v" de "venceremos", mientras los transeúntes y las personas asomadas a los balcones se hacían solidarios de la marcha con sus continuos aplausos.

Con razón podría congratularse el final Gómez Llorente del resultado obtenido. "Hemos sido pacíficos y congruentes —afirmaría a través de un megáfono—, pero queda mucho camino que recorrer. Los "slogans" que hemos gritado (...) no son posibles en esta España. Sólo caben en una nueva España democrática". Y tras un "¡Viva la ruptura democrática!", fervorosamente coreado por todos, la manifestación se disolvió tan cívicamente como se había iniciado. ■ JOAQUIN RABAGO.

